

Orrego V., Claudio

Santiago, 12 de Junio de 1969

Señor
Claudio Orrego V.
Presente

Estimado Claudio,

no quiero dejar pasar más tiempo, sin agradecerte tu carta en relación a mi obra teatral "Nos Tomamos la Universidad". Tú no sabes cuan estimulante es recibir un comentario como el tuyo, en medio de la apatía y la indiferencia que suele rodear la labor de un escritor chileno.

En "Nos tomamos la Universidad", pretendí replantear y proyectar dentro de un contexto histórico algunas de las experiencias que ha vivido nuestra comunidad: los movimientos estudiantiles impulsados por el idealismo juvenil y el desarrollo, mirado desde el mismo ángulo, del movimiento político cristiano que primero fué Falange y, después, Democracia Cristiana. Sé que el logro es una visión parcial y fragmentada, pero me parece importante que en el campo de la literatura y el arte, repensemos nuestras experiencias comunes y demos expresión y voz a tanto chileno anónimo que necesita encontrar en sus creadores, una forma de trascender. Mientras escribía la obra pensé en tanto universitario idealista que en el ya largo tortuoso proceso de la reforma, principiaban adquirir ese conocimiento amargo, pero exacto de que "la pureza es un ideal nunca alcanzado", usando las palabras de uno de los personajes de la obra. Pensé también en mis antiguos compañeros de la Falange de Ñuñoa, por allá por los comienzos de la década del 40 cuando podíamos soñar en un ideal de justicia, porque no había la más remota posibilidad de adquirir la responsabilidad de tratar de realizarla. Ha sido para mí una satisfacción haber recibido de unos y otros -actuales universitarios y viejos falangistas- no sólo felicitaciones, sino palabras de agradecimiento por haber expresado sus íntimos sentimientos. Es la única recompensa a la que puede aspirar quien, como yo, persiste en dar testimonio de una realidad a través del teatro.

Me dices que te emocionó el parlamento de Arnaldo, aún cuando no compartes sus sentimientos. Te diré que yo tampoco los comparto, que sé bien que a sus quejas y reminiscencias se le puede dar cientos de argumentos. Pero el hecho es que los Arnaldos existen y que su tragedia es aspirar a lo que no es posible encontrar en este mundo: lo absoluto. Y creo que todos los hombres -desde el pecado original que tú recuerdas en tu carta- seguimos sintiendo como Arnaldo la nostalgia de la virtud, la sed de pureza. ¿Puedo ser criticado si en mi obra doy testimonio -en un caso determinado por la realidad y la historia actual- de esa nostalgia y de esa sed?

Respecto a tus reparos sobre el personaje de Ramón, he de decirte que nunca imaginé convertirlo en el paradigma del dirigente. Pero es un personaje que se da, porque es la contrapartida de la ingenuidad de Arnaldo. Ramón sabe que lo absoluto es inalcanzable y se desvuelve en la relatividad, esto es, en la transacción, en la conjugación de sus intereses y los intereses generales. Ramón, realista, sí tiene clara conciencia de lo que sucedió en el Paraíso terrenal y acepta las reglas del juego.

Pero me ha impresionado mucho lo que me dices que si Ramón hubiese tenido motivaciones más generosas, su drama habría sido el drama del poder. Ese es un tema que me tienta. Sé y más que saber intuyo el drama de los hombres de bien que detentan el poder. Constantemente he reflexionado en el drama humano que día a día tiene que vivir un hombre que admiro y respeto como es el Presidente Frei. Cuando, por ejemplo, se produjeron los lamentables sucesos de Puerto Montt

no pude menos que imaginar la solución dramáticamente conflictiva que debía afrontar entre sus sentimientos y su deber. Y no me cupo dudas, por lo demás, que habría de asumir en este conflicto íntimo su responsabilidad de Presidente, tal como lo hizo.

Es un gran tema el que me propones, Claudio. Quizás algún día tenga el tiempo y la tranquilidad para trabajar en él. Tu me dices entre líneas y yo lo acepto, que es fácil dar testimonio del idealismo y del ansia de pureza, pero que es mucho más importante dar testimonio del intento de conciliar esos sentimientos con la responsabilidad de gobernar.

Pero para contestar tu desafío se requiere tiempo, tranquilidad abstraerse de las menudencias de esta Fiscalía y mi piel de zapa se va achicando cada día más. Escribir, tú lo sabes bien, no es tarea fácil en ninguna parte y mucho menos en Chile.

Y basta por ahora. He abusado de tu tiempo y mi intención era tan sólo agradecerte el estímulo y la comprensión que me significó tu carta.

Te lo agradezco nuevamente.